





VERDE y MALVA

María Fraile Yunta

Platero
COOLBOOKS 

Título: Verde y malva

Primera edición: noviembre, 2024

© 2024, del texto e ilustraciones María Fraile Yunta.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

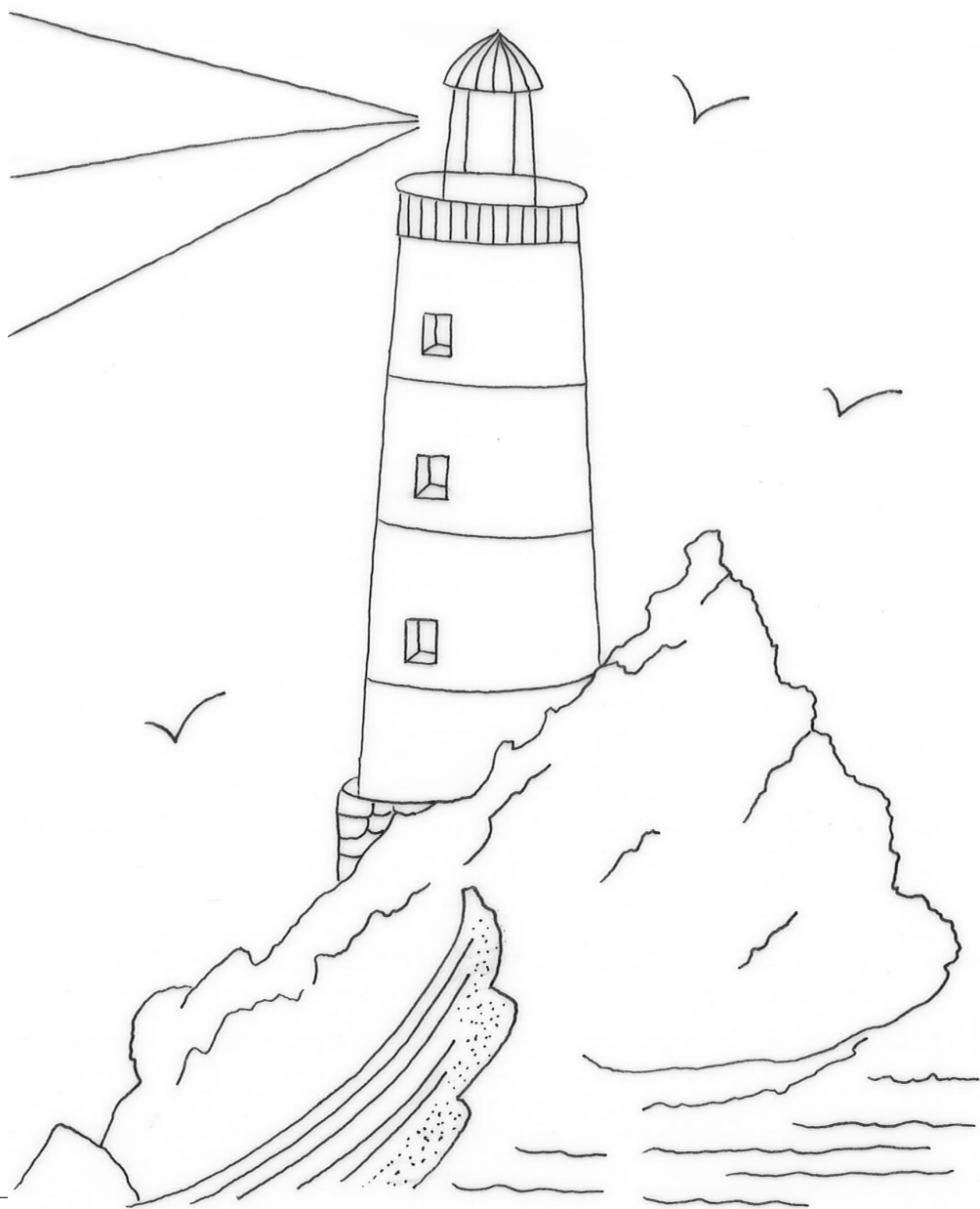
ISBN: 978-84-10062-68-9

A mis abuelos



ÍNDICE

OLAS.....	9
ECOS.....	19
RAYO	29
QUINTO	39
HERIDA	55
TÍTERES.....	61
TRÁNSITO	71
LUCES.....	81



OLAS

Llegaba la noche de San Juan y, siguiendo las indicaciones de su padre, Zazú bajó por las escaleras de caracol del faro, sorteó las rocas del acantilado y hundió sus pies descalzos en la arena para dirigirse a aquel lugar secreto. Pese a que su aspecto desaliñado hacía que no pasara desapercibido, caminó por la senda de cantos rodados que llevaba hasta el mismo e intentó que nadie lo viese, pues si era descubierto no podría cumplir su misión.

—Zazú, hoy es veinticuatro de junio, acuérdate de que tienes que ir a cambiar la cajita de lugar antes de que la marea suba. Coge el cubo de hojalata que hay abajo y ve a hacerlo antes de que se haga más tarde —le había dicho su padre mientras observaba con sus anteojos los veleros que se perdían en el horizonte.

Se acercaba la noche más importante en el pequeño pueblo mariner de Alfaz y los hijos de los pescadores correteaban por la playa mientras estos prendían las hogueras alrededor de las que pedirían deseos y danzarían toda la noche cantándole a la luna.

—Papá, cuando me acerco a ellos me miran mal, ningún chico quiere jugar conmigo, ¿qué les he hecho yo? —comentó Zazú poco antes de salir por la puerta del faro con aire de tristeza en sus ojos azules.

—No hagas caso, ni pienses en ellos. No conseguirán lo que pretenden —le respondió su padre lanzando con desdén sobre la mesa el periódico que le había traído el cartero el domingo anterior y que había estado hojeando.

—¿Por qué tiras el periódico así, papá?

—Han vuelto a anunciarlo otra vez, pero no lograrán que nos vayamos de aquí, y mucho menos convertir la que también es nuestra casa, y nuestra vida, y la de los abuelos y los bisabuelos, en un...

—¿En un qué, papá?, ¿es que nos van a echar de aquí?

—Eso es lo que pretenden, pero tú procura que no te vean y, cuando llegues al lugar que ya sabes, coge un palo y escarba hasta encontrar la cajita.

—Nunca me has dicho qué tiene dentro esa cajita, ni por qué es tan importante. Además, ¿y si no la encuentras?, ¿y qué hago después con ella?

—Ten paciencia, tú búscala bien y, cuando la encuentres, la metes en el cubo de hojalata, la cubres de piedras y, sin que nadie te vea, la traes hasta aquí. Yo te diré dónde tienes que esconderla otra vez para que la marea no la termine arrastrando.

—¿Y qué tiene eso que ver con que nos echen de aquí? Yo no quiero irme de aquí, papá —dijo el hijo del farero justo antes de que su padre le explicase lo importante que era encontrar esa cajita.

—Mientras la cajita esté a salvo, nosotros también lo estaremos, Zazú. En su interior está el secreto que ha mantenido a nuestra familia en el faro desde mucho tiempo antes de que tú nacieras hace diez años, o yo mismo hace ya más de cuarenta.

—¿Y cuándo fue eso, papá?

—Allá por mil novecientos y poco, hijo.

La tarde junto al mar transcurría tranquila de no ser porque el cielo se había teñido de un insólito color rojo, las olas se estrellaban sobre las rocas con virulencia y las conversaciones de los lugareños giraban en torno a esa noticia que hacía que al farero se le tensaran los músculos del cuerpo.

Zazú ya andaba dirigiéndose hacia el lugar indicado por su padre cuando dos niños de una edad similar se acercaron corriendo hasta él sin darle tiempo a esconderse y comenzando a increparle.

—¿Dónde vas, tonto? ¿No ves que te has puesto perdido de agua? —le dijeron en tono burlón.

—Eso a vosotros no os importa.

—¿Y a tu padre tampoco le importa lo que han dicho? Os queda poco tiempo aquí.

—No sé de qué habláis, pero iros y dejadme en paz.

—¿Que a dónde vas te decimos? ¡Danos ese cubo!

—¡Que me dejéis tranquilo! —les contestó Zazú justo antes de arrastrar con su pie un montón de arena para lanzárselo a la cara y salir corriendo hasta esconderse tras el casco roto de un velero abandonado que había unos cuantos metros más allá.

Maldiciendo al hijo del farero por haberse burlado de ellos, los dos chicos se retiraron la arena de los ojos, a la vez que escupían con asco la que les había entrado en la boca y juraban no cesar en su empeño de encontrarlo para vengarse de la peor forma.

—¡Te vas a enterar, listo!, ¡en cuanto te pillemos te la devolvemos! —chillaron enfurecidos a los cuatro vientos hasta que escucharon cómo sus madres los llamaban para que fueran a comerse las sardinas asadas que acababan de sacar de las parrillas y se fueron de allí.

Desde la parte trasera del casco abandonado, por un agujerito que había en la madera carcomida, Zazú observaba en silencio sus movimientos para salir corriendo en cuanto estos le hubiesen dejado el camino despejado. Y cuando esto sucedió, salió de su escondite y retomó la senda que le llevaría al lugar donde estaba la cajita enterrada.

«¿Y si es un cofre lleno de monedas de oro?, ¿o tiene una estrella de mar con miles de años o un pez con poderes o...?, ¿qué será?», se preguntaba a la vez que avanzaba ante la mirada de su padre, que desde lo alto del faro lo estaba observando cuando llamaron a la puerta y aparecieron dos señores trajeados que conocía de ocasiones anteriores.

—Buenas tardes, Bruno, imaginaré lo que venimos a decirle.

—No lo sé, ¿qué quieren?

—Sí lo sabe, no disimule. Pero no se preocupe, ya está lista la casa donde usted y su hijo podrán vivir, ¡y en mejores condiciones que aquí, claro! Ya sabía que antes o después llegaría este momento —le dijeron con una firmeza que lo sobrecogió.

—No creo que encontremos un lugar mejor que este, aquí somos felices, siempre lo hemos sido. Y además, ¿quién controlará los barcos que se acercan al puerto y..., y cuidará de los pescadores y avisará de las tormentas marinas?

—No se esfuerce, Bruno, ya sabe que, en breve, todo eso que dice podrá hacerlo una máquina y su trabajo dejará de ser necesario. Además, todo el pueblo está entusiasmado con la idea de que el faro se convierta en...

—¿En qué?, ¿en un edificio como esos otros que

están acabando con lo que Alfaz ha sido siempre? ¡No me iré de aquí! Aquí vivieron mis padres, y mis abuelos, y aquí nací yo y mi hijo es feliz, es feliz junto al mar y será un buen farero. Y además, ¿cómo una máquina va a interpretar los movimientos de las nubes, y las alineaciones de las estrellas y cuando las olas anuncian una tragedia inminente? ¡No, nunca me moveré de aquí!

—No diga usted nunca, Bruno. Pese al cariño que le tenga a este lugar, el faro no es suyo, y por mucho que entienda de nubes, y de olas y de todo lo que usted quiera, la naturaleza no entiende de dinero, y esto va a dar mucho dinero.

—Yo no necesito más dinero, ni los pescadores, ni esos niños que ahora juegan en la playa y el puerto con libertad y que no podrán nunca más echar carretas junto al mar, ni construir castillos en la arena, ni hacerse amigos de los peces, ni...

—O sí, Bruno, o sí. Todo el mundo en el pueblo está ilusionado con la idea de que este faro se convierta en lo que usted tanto detesta, y si sigue oponiéndose a salir por su propia voluntad de aquí, tendrán que venir a sacarle a la fuerza. A usted y a su hijo.

—¡Váyanse de aquí ya, por favor, está empezando a anochecer y mi hijo aún no ha venido! —les dijo él de forma brusca cerrándoles la puerta y subiendo las escaleras de nuevo para buscar desde lo alto con sus anteojos a Zazú, que nada más llegar al lugar donde estaba la cajita y cogerla, había notado cómo una piedra le golpeaba la espalda.

Él no había querido darse la vuelta para taparla rápidamente con arena y piedras antes de que lo descubrieran pero, sin ni siquiera haberle dado tiempo a ello para iniciar su regreso al faro, se topó de nuevo

con esos dos chicos que lo habían increpado anteriormente junto a otros tres más.

La noche ya había caído y la marea había subido bastante, por lo que las olas le habían empapado los pies y la brisa marina era tan fuerte que había hecho que se le agarrotasen los huesos. Sentía que no podía moverse con la misma agilidad con la que se movía por la tarde y deseaba con todas sus fuerzas que esos chicos desapareciesen de su vista para siempre, pero...

—¡Creías que no te íbamos a encontrar!, ¿eh? —le dijo uno de ellos con una amplia y socarrona sonrisa en su boca.

—Tengo que volver con mi padre, dejadme ir.

—¡Danos ese cubo!

—¡No, es mío!, ¡ni se os ocurra quitármelo!

—¿Qué no?, ¿qué llevas ahí?

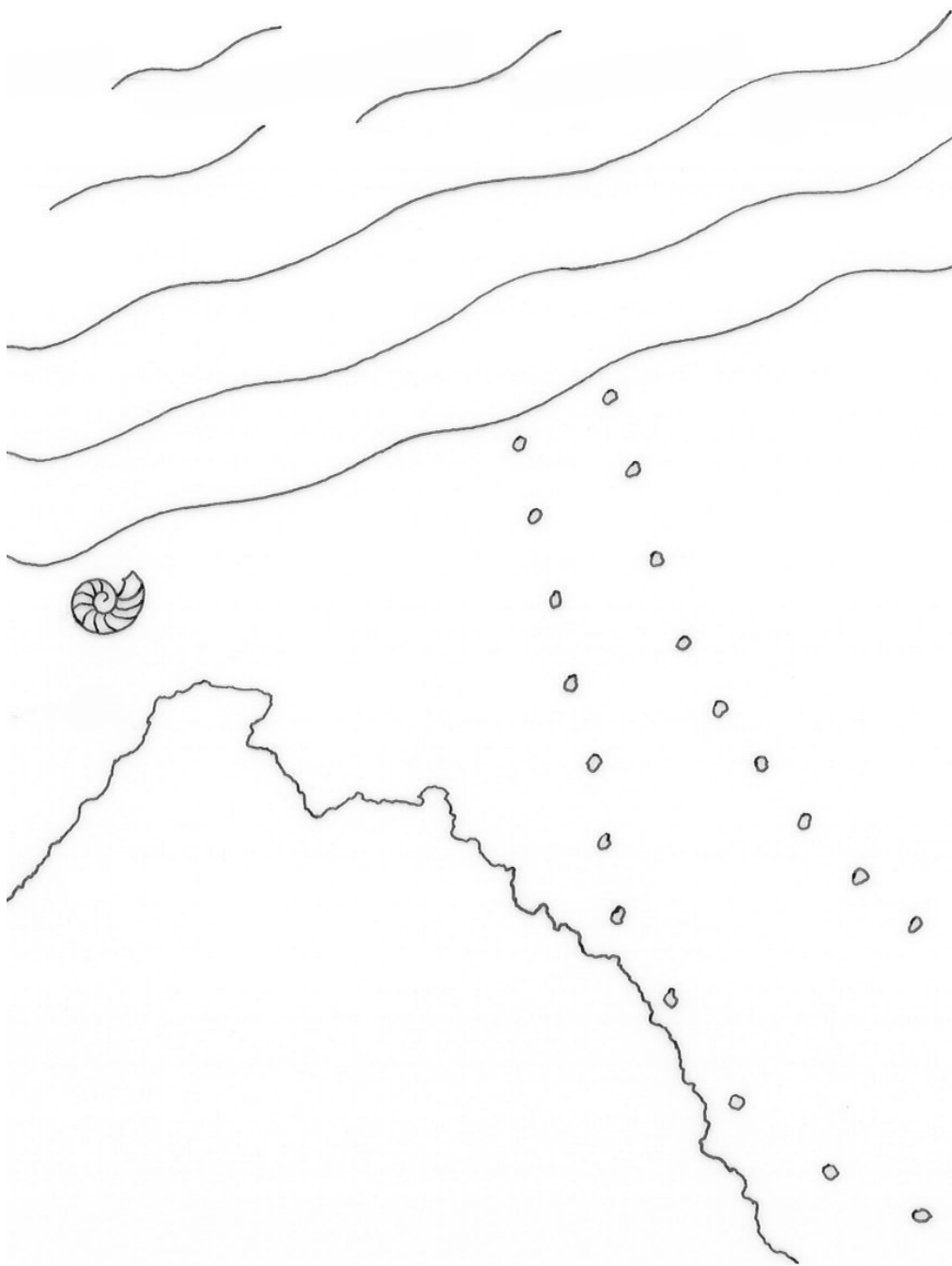
—¡Nada, caracolas!

—Pues dánoslo, eso no sirve para nada.

—¡Sí que sirve! —les dijo justo antes de salir corriendo sin poder evitar que estos lo alcanzasen de nuevo, se lanzasen a quitarle de forma despiadada el cubo y lo tiraran al suelo, le arrancaran a jirones la poca ropa que llevaba y le dieran un montón de patadas en la tripa.

Aquellos chicos no dejaron de ensañarse con Zazú hasta que una voz les hizo huir a toda prisa y recluirse junto a sus padres, que sin percatarse de lo sucedido giraban alrededor de una hoguera gigante a la que lanzaban papelitos con deseos y a la que estos, nada más llegar, lanzaron el cubo con la cajita del hijo del farero.

—Zazú, ¡Dios mío! —exclamó aterrado este último tras haber salido a buscarlo y encontrarlo en el suelo lleno de magulladuras.



—Me han quitado el cubo con la cajita, papá —respondió él con un hilo de voz entre sollozos.

—No pienses en eso ahora, ¿qué te ha pasado, hijo?

—¡Han sido ellos, se la han llevado, se han llevado la cajita!, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Ya pensaremos en una solución, tranquilo —dijo el farero a su hijo aupándolo en brazos y llevándolo al que hasta entonces había sido su hogar pero que, con toda probabilidad, a la mañana siguiente, o a la otra, o todo lo más a la otra, dejaría de serlo.

—¿Por qué nos tratan tan mal, papá?, ¿por qué quieren que nos vayamos de aquí? ¡Y la cajita!, ¡nos hemos quedado sin la cajita! —le dijo Zazú a su padre después de llegar al faro y de que este lo recostara sobre su cama para curarle las heridas.

—Puede que no la hayan tirado a la hoguera, pero igual la han lanzado al mar y tendremos que irnos de aquí no tardando, Zazú. Dentro de poco habrá mucha gente con trajes de baño de esos modernos paseando por este lugar, y personas comprando torrecitas de colores y..., y una máquina que intentará hacer nuestro trabajo, pero...

—¿Pero qué, papá?

—Pero no habrá nadie que sepa interpretar los movimientos de las nubes, y las alineaciones de las estrellas, y los movimientos de esas olas despiadadas que arrasan con todo lo que encuentran a su paso... ¿Las oyes?, ¿oyes las olas, Zazú? Ellos han conseguido hacer una hoguera muy grande y lanzar papeles con sus deseos. Alguno a lo mejor se les cumple, pero no se dan cuenta de que, cuando la marea suba, esas olas terminarán apagando sus ascuas, y sus deseos, porque ya nunca más podrán hacer hogueras en la orilla ni...

—¿Ni qué?

—Venga, vamos a intentar dormir, Zazú, que mañana tenemos que bajar a la playa a primera hora para ver si encontramos a salvo algún resto de la cajita — le dijo el farero a su hijo aun sabiendo, tras haberse asomado de nuevo el exterior con sus anteojos, que el cerco de luz que la linterna del faro trazaba sobre el mar alrededor de ellos cada vez era más intenso y la marea no paraba de subir.

